

## La clave

Vas tranquilamente sentado en el metro y se dispara la megafonía: «Les informamos de que en este tren hay carteristas». Las mujeres agarran el bolso con más fuerza. Los hombres se llevan la mano a la cartera comprobando que no han sido víctimas. Se cruzan miradas inquietantes. ¿Quién de nosotros es el carterista? Todas y todos estamos bajo sospecha porque esa especie de Gran Hermano que todo lo ve y todo lo sabe ha dictado sentencia. Según parece, el protocolo se activa cuando un pasajero interpone una denuncia e inmediatamente se avisa al convoy del que ha bajado para advertir al resto del pasaje. ¿Se quedan los carteristas en el vagón una vez que han cometido una fae-

## Hay carteristas en el tren

ALBERT  
Sáez  
DIRECTOR  
ADJUNTO



na? No parece muy lógico, aunque tampoco lo es bajar con la víctima. Igual bajaron unas estaciones atrás. ¡Qué gran metáfora de la sociedad del riesgo! Siempre alguien cui-

dando de nosotros. Hemos pasado de los padres hiperprotectores a la sociedad hiperprotectora, de manera que podemos morir sin haber asumido ningún riesgo en primera persona. Sin ese aviso y sin los que suenan en los andenes regularmente, igual no recordaríamos las estadísticas de robos en el metro de Barcelona. De igual manera que sin paneles informativos perderíamos la referencia de los muertos en la carretera.

## ¿Prevención o exculpación?

¿Política de prevención o cláusula de exculpación impuesta por la compañía de seguros? Da igual. A nadie le dejarán de robar la cartera por un aviso como este. Pero a los

que no se la roben habrán viajado más tranquilos, confortados por el cuidado que ha tenido la empresa con los pasajeros.

El miedo es un sentimiento imprescindible para sobrevivir, porque nos hace resistentes a la adversidad. El pánico nos hace vulnerables, porque nos deja en manos de quienes nos lo provocan. Durante siglos, el «temor de Dios» sirvió para domesticar a los europeos. Ahora el temor a «perderlo todo» nos hace igualmente sumisos. El poder, los poderes, utilizan ese miedo para proteger sus intereses. «Hay carteristas en el tren». Si le roban es cosa suya, y mientras, recele del vecino de asiento.

@albertsaez

## La rueda



## Las primeras y las últimas veces

La vida arranca llena de primeras veces. La primera mamada, el primer pipí, la primera papilla. De algunas primeras veces te acuerdas con claridad. El primer castigo cara a la pared con los brazos en cruz. El primer soldadito perdido. La primera vez que te dan un beso. Luego, la primera vez que tú lo das. El primer dulcigel en el quiosco de abajo. La primera navaja suiza multiusos. La primera vez que te subes a un árbol para comer un higo dulce. La primera comunión. La primera hostia. Y por fin la primera vez que te besan de verdad. La primera vez que oyes la palabra *gilipollas*. La primera bandeja de copas rotas. El primer viaje –sin los padres– a Italia. La primera moto de tercera mano. La primera asignatura cateada. El primer muerto –el abuelito– en la familia. El primer –impresentable– proyecto construido.

## A partir de cierta edad, pongamos los 50, cada vez cuesta más estrenarse en algo

Aunque no logras acordarte de la primera vez que hiciste el amor, ni de cuándo subiste al primer avión, ni del primer libro que leíste, ni de la primera copa de champán, ni de cuándo te graduaste, ni de cuándo ganaste el primer millón de pesetas.

Y hay deseadas primeras veces que no llegarán nunca. Jamás lograrás inventar un chiste ni tirarte en paracaídas. Tampoco bucear ni ligarte a una japonesa. A partir de cierta edad, pongamos los 50, cada vez cuesta más estrenarse en algo. Las primicias van menguando aceleradamente. Resulta arduo encontrar terreno virgen. Todo es repetición. No solo ya no hay más primeras veces, sino que comienza una nueva e inquietante lista: la última vez que... La última vez que viajaré a Nueva York. La última vez que haré el amor; la última vez que podré dar una voltereta; que veré a mi madre; que me bañaré en el mar; que me encaramaré a un árbol; la última vez que comeré jamón de los Pedroches.

Y curiosamente, las primeras y las últimas veces suelen acontecer en estío. ≡

## La redistribución de la renta

## Revolución en el pensamiento económico

## La experiencia dice que la reducción de la desigualdad favorece un crecimiento eficiente y duradero

ANTÓN  
Costas



El conocimiento no es poder. Pero tarde o temprano acaba influyendo en la forma como afrontamos los grandes problemas sociales. Enfrentado al acuciante problema de la Gran Depresión y el elevado desempleo que la crisis financiera de 1929 provocó en los años 30, el gran economista inglés **John Maynard Keynes** dejó escrito que son las ideas más que los intereses económicos las que gobiernan el mundo.

Cuando en 1936 escribió ese párrafo que cierra su obra magna, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, **Keynes** era consciente de que ponía en marcha una revolución del pensamiento económico. Fue la *revolución keynesiana*. Su principal aportación fue ofrecer a los gobiernos instrumentos de política económica para enfrentarse a las recesiones económicas y a las situaciones de elevado desempleo involuntario.

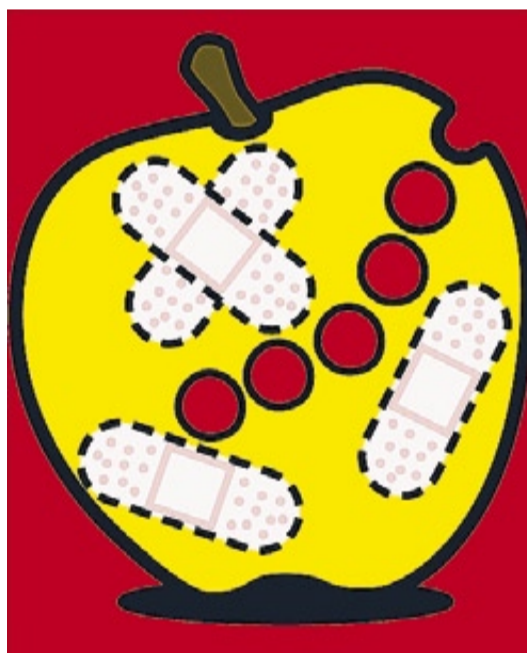
SIN EMBARGO, como el propio **Keynes** señala, las nuevas ideas necesitan tiempo para influir en las políticas. En muchos casos hay que esperar a que llegue al poder una nueva generación más proclive que las anteriores a las nuevas ideas. De la misma forma que ocurrió en los años 30 con la revolución keynesiana sobre el paro, hoy está teniendo lugar otra revolución en la forma de pensar el principal problema de nuestro tiempo: la desigualdad.

La desigualdad no ha preocupado

demasiado a los economistas. En los manuales al uso en las facultades no son habituales las referencias a ella. La creencia habitual es que el mejor tratamiento contra la desigualdad y la pobreza es el crecimiento económico.

Dentro de este enfoque era opinión ampliamente aceptada que las políticas redistributivas de la renta, más que mejorar la situación de los pobres podían empeorarla, porque se consideraba que perjudicaban el crecimiento a largo plazo. Era el famoso *trade-off* entre equidad y eficiencia: si se quiere mejorar la equidad con medidas redistributivas, entonces hay que renunciar a una parte de la eficiencia (crecimiento). Esta percepción ha cambiado, y ahora la visión es la contraria: la reducción de la desigualdad favorece un crecimiento económico eficiente y duradero. Sin exagerar, se puede decir que asistimos a una verdadera revolución intelectual.

¿Qué es lo que ha provocado este cambio tan radical? La aparición de un nuevo conocimiento. Desde que en los años 80 la desigualdad comenzó a crecer, ha aparecido una enorme investigación que pone de relieve que la desigualdad y la pobreza dañan el crecimiento. La razón es que crean ineficiencias en el uso de los factores productivos y en la productividad total de los factores. Desincentivan a las personas pobres a esforzarse y gastar más en educación,



FRANCINA CORTÉS

## Una mejora que no disminuya la falta de equidad será volátil. Es el riesgo que existe en España

lo que disminuye el capital humano de la economía. Y reduce también la capacidad para aprovechar productivamente el capital físico existente (máquinas, infraestructuras...).

La producción intelectual que ha dado lugar a esta revolución es amplísima. La nueva investigación empírica surgida desde el FMI y la OCDE, entre otros, ha sido muy importante. Pero es de justicia señalar dos autores que marcan un antes y un después. Por un lado, el joven economista francés **Thomas Piketty** con su celebrado y exitoso libro *El capital*. Por otro, **Anthony Atkinson**, pionero en los estudios de desigualdad y que acaba de publicar un libro esencial

(*Inequality. What can be done*) en el que rechaza el fatalismo de la desigualdad inevitable y ofrece propuestas de gran interés para reducirla.

A LA VISTA de este nuevo conocimiento, el hecho de que España lidere el *ranking* europeo de la desigualdad es una muy mala noticia. La desigualdad solo puede llevar a un crecimiento volátil. Es el riesgo que tenemos con la recuperación que estamos viendo. En sí misma es buena, pero en la medida que no se reduzca la desigualdad puede ser efímera.

Este nuevo conocimiento sobre las relaciones entre desigualdad y crecimiento es una verdadera revolución. Pero posiblemente tardará en influir en las políticas. Como señaló **Keynes**, necesita que una nueva generación llegue al poder. Pero no deberíamos desaprovechar las próximas elecciones para hablar de cómo reducir la desigualdad.

Naturalmente, no toda política orientada a reducir la desigualdad es buena. La buena intención no basta para mejorar las cosas. Para que sean eficaces, las políticas necesitan estar bien pensadas. Pero al menos ahora ya tenemos un nuevo conocimiento que nos permite decir que la desigualdad daña el crecimiento. Y que toda política o reforma que aumente la desigualdad es mala. Aunque nos quieran convencer de lo contrario. Ahora bien, hay que recordar que la desigualdad no solo debilita el crecimiento. También mina los fundamentos sociales de la economía de mercado y de la democracia, los dos pilares de la civilización occidental. Pero de esto hablaremos en otra ocasión. ≡

Catedrático de Política Económica (UB).